

# Los nuevos guerreros del mercado. Trayectorias laborales de jóvenes buscadores de empleo

---

*José Antonio Pérez Islas*  
*Maritza Urteaga (\*)*

**S**e explicita o no, el aspecto laboral ocupa un lugar definitivo en la constitución actual del proceso juvenil para incorporarse a la vida adulta. Cómo obtener un trabajo, dónde conseguirlo, de qué tipo, tarde o temprano se vuelven preocupaciones centrales para la casi totalidad de jóvenes, como etapa que finalmente marcará la certificación social sobre su inclusión o exclusión de la ciudadanía que, a su vez, influirá en la consolidación o disolución del proceso de identidad y autoestima del joven.

Sin embargo, este kantiano imperativo categórico, establecido a partir de la constitución de la sociedad industrial, de un *modo de vida laboral* hegemónico, dentro del cual el trabajo se convierte en el primer regulador de los derechos y deberes de los individuos dentro de la sociedad de bienestar, está plagado de múltiples contradicciones con respecto de los candidatos (léase jóvenes) para ingresar por primera vez a esta lógica de acumulación económica.

La contradicción principal que enfrentan las nuevas generaciones en la búsqueda de ese metadestino es lo que ya desde hace años Olmedo llamaba “la productividad enemiga”, es decir, esa tendencia de acortar el tiempo de trabajo para la producción, que desplaza precisamente a la nueva fuerza de trabajo, a la que se inmoviliza:

*Los incrementos de productividad tienden así al desperdicio creciente de fuerza de trabajo y a la frustración de las capacidades creadoras de los individuos productores de esa fuerza de trabajo desplazada. Formas de este desperdicio son, por ejemplo, el desempleo, el subempleo, el alargamiento de la escolaridad, la sobrecapacitación del individuo (en relación a lo que realmente utiliza en su capacitación), el divorcio entre el periodo de educación y el periodo de trabajo, etcétera.<sup>1</sup>*

A este desplazamiento que se concentra de manera particular en los jóvenes, habría que añadir otra serie de contradicciones que limitan su plena incorporación económica y, por lo tanto, social y política, y que se concretan específicamente en función de factores como:

- el sexo, en virtud del cual, por ejemplo, las jóvenes se ven impedidas de acceder a las actividades económicamente productivas, debiendo recluirse en el hogar;
- la edad, pues existen niños y adolescentes que se ven expulsados tempranamente del hogar para laborar/sobrevivir en la calle;
- la escolaridad, dadas las importantes tasas de deserción en algunos sectores juveniles que no logran concluir sus estudios, estigma indeleble al momento de buscar trabajo; y,
- la región geoeconómica de donde se procede, que empuja a importantes sectores juveniles a emigrar hacia los centros urbanos nacionales o internacionales en búsqueda de otros mercados.

Todas estas contradicciones entre el “deber ser” y el “poder hacer” del proceso de constitución de joven en adulto producen una fragmentación e individualización de las trayectorias laborales generacionales, marcadas por aquello que decía Touraine: ahora los jóvenes ni siquiera ya son explotados, son simplemente excluidos de los procesos económicos.<sup>2</sup>

Este interés sobre lo que ha significado para un sector de jóvenes la experiencia de su incorporación al trabajo es lo que vertebró la presente investigación; cuáles son los factores y cuáles los actores que intervienen o definen tal o cual trayectoria laboral, cómo los jóvenes establecen sus estrategias (si las hay) de consecución

de empleo, cuántos fracasos laborales y retornos escolares tienen que pasar hasta que encuentran su espacio laboral (si existe), son algunas de las preguntas que orientaron la investigación que se realizó acerca de un sector juvenil específico: los buscadores de empleo que se acercan en particular a una bolsa de trabajo, la del Instituto Mexicano de la Juventud (IMJ).

Las problemáticas específicas de los buscadores de empleo se han documentado de múltiples formas en varios países, pero, cuando menos en México, las investigaciones conocidas poca atención han prestado a indagar sobre los mecanismos y estrategias que los jóvenes desarrollan y experimentan para enfrentar la lógica contradictoria de incorporarse a la actividad económica, en el cual, a decir de Monsiváis, “la búsqueda de empleo, se convierte en un empleo en sí mismo”.<sup>3</sup>

El presente documento se compone por el siguiente esquema: una breve contextualización de lo que ha estado sucediendo a nivel macroestructural, como elemento necesario para entender los procesos particulares de inserción de los jóvenes a la actividad productiva, seguida de una rápida discusión de los conceptos más relevantes que ayudan a explicar las transformaciones en el ámbito laboral genérico y, en particular, con las fragmentaciones de las trayectorias ocupacionales de los jóvenes. En un segundo momento se desciende a describir las principales características de la población joven que busca empleo en México y lo que se sabe de ellos, para pasar a explicar el proyecto de investigación, su ámbito y objetivos, así como el universo y metodología utilizados. Finalmente, se analizan los perfiles de los jóvenes buscadores de empleo estudiados y las características principales de sus trayectorias laborales.

## EL CONTEXTO

**E**l modelo de desarrollo adoptado hasta los años ochenta descansaba en dos pilares básicos: el pleno empleo y la solidaridad sistémica, que configuró el llamado Estado de Bienestar. Ambos nunca pudieron cumplirse plenamente en el continente latinoamericano donde, como lo propone Duhau,<sup>4</sup> habría que hablar mejor de “Estados de seguridad social limitada”, dada la escasa generaliza-

ción de la condición de trabajador asalariado que prevaleció, lo cual buscó subsanarse por programas de asistencia social orientados a mitigar las situaciones de pobreza genérica. Adicional, el estatuto de ciudadanía en el continente estuvo conformado por regímenes populistas, autoritarios o dictatoriales, cuyas políticas económicas se negociaban o estaban mediadas por representaciones sectoriales o corporativas que generaban sistemas de seguridad social muy fragmentados y/o controlados.

En ese modelo y con diferencia en los ritmos según los contextos nacionales de cada país, los actores protagónicos fueron el Estado, los sindicatos y las empresas privadas. La política social se desarrolló mediante los sindicatos que atendían a sus agremiados y a los grupos “pasivos” (amas de casa, niños, jóvenes y a los jubilados o pensionados), mientras que el Estado dedicaba recursos a quienes no se encontraban en el mercado formal (desempleados e incapacitados). Esto permitió la incorporación de amplios sectores, sobre todo urbanos, a las instituciones, lo cual benefició en particular a las nuevas generaciones (niños y jóvenes), mediante el acceso a la educación y a los servicios de salud, cumpliendo al mismo tiempo con darle una amplia legitimidad al Estado.<sup>5</sup>

A partir de los años noventa, esos dos pilares del modelo anterior (empleo y solidaridad) fueron sustituidos por un número igual de objetivos: la búsqueda de la estabilización macroeconómica (fundamentalmente entendida por bajos niveles de inflación y un mayor equilibrio fiscal) y el desarrollo de la competitividad internacional (reestructuración productiva para la exportación e inversión privada como motores del crecimiento). Este cambio tuvo su deficiencia más notoria en la ampliación de los niveles de inequidad; que en materia de ocupación laboral no ha permitido a la fecha generar suficientes oportunidades de empleo para incorporar a los jóvenes que anualmente buscan participar en las actividades productivas, mientras que para los que ya se encuentran dentro del mercado, los diferenciales de salarios han tendido a ampliarse entre los diversos puestos que requieren diferente calificación.<sup>6</sup>

En este sentido, el “posajuste” estructural en América Latina ha planteado dos situaciones particulares en la materia durante los últimos años: la generación predominante de ocupaciones de baja calidad (ocho de cada diez nuevos empleos creados en los recientes 17 años pertenecen al mercado informal) y la evolución de la

pobreza que, junto con el estancamiento de la equidad, sigue sin mejorar (a pesar de haberse controlado en la mayoría de los países la inflación, aumentado el salario real y el gasto social, así como mantenido el crecimiento económico). Ello “parece sugerir que la región entra en un capitalismo del siglo XXI con una distribución de ingreso de pre-guerra”.<sup>7</sup>

Los problemas actuales de generación de empleos están íntimamente relacionados con situaciones que se producen fuera de los mercados de trabajo, fundamentalmente con tres procesos que marcan el escenario estructural: globalización, privatización y desreglamentación. La primera, si bien puede abrir nuevas oportunidades en materia de crecimiento y de empleos, está afectando los determinantes de salarios que engendran condiciones de explotación de los trabajadores. La privatización, por su parte, conlleva una disminución de las dimensiones y funciones del gobierno que son trasladadas al sector privado, lo que afecta sobre todo a ciertos grupos de ingresos medios, muchos de ellos empleados públicos, que se vieron perjudicados por la pérdida del empleo o por la reducción de salarios, además de los efectos que produjeron la reducción de los gastos sociales y el aumento del costo de los servicios públicos antes gratuitos o subsidiados. Mientras la desregulación ha determinado que paralelamente se recurra a la reducción de la protección de los productos y de los mercados de trabajo con el fin de aumentar la eficiencia económica, se brinda a los mercados un papel más relevante en la distribución de los recursos.<sup>8</sup>

Con respecto a la población juvenil, desde hace tiempo se ha observado<sup>9</sup> que, a pesar de que la producción y la economía en su conjunto crezcan a escalas importantes, ello no significa necesariamente una mejora en la situación de empleo de los jóvenes en América Latina, dada su mayor proclividad a ser los últimos en ser contratados (por la escasa experiencia y capacitación) y los primeros en ser despedidos (por bajos niveles de estabilidad laboral y protección social).

Así, las contradicciones se recrudecen particularmente en la población juvenil, pues en este sector la informalidad laboral se asienta con mayor fuerza (el 54% de los jóvenes están en ocupaciones informales)<sup>10</sup> a la vez que la inequidad etérea se acentúa, entre otras situaciones, por la duplicación de las tasas de desem-

pleo juvenil<sup>11</sup> y por la mayor incidencia en los niveles de pobreza en los hogares donde viven jóvenes.<sup>12</sup>

Parece ser que, de nueva cuenta, se está produciendo un nuevo desplazamiento del tema juvenil a las políticas sociales, tal y como sucedió a mediados del siglo pasado cuando se enviaba a los jóvenes “al futuro”, es decir, cuando llegaran a la adultez. Ahora, al prever el aumento de los promedios de edad entre la población y la mayor expectativa de vida, la preocupación por los sectores de adultos mayores eclipsa la necesidad del trabajo juvenil en el presente.

## TRABAJO Y TRAYECTORIAS LABORALES DE LOS JÓVENES

**E**l concepto “trabajo” y sus manifestaciones concretas son una construcción social, referidas a un contexto histórico y cultural específico, así como a las experiencias y relaciones simbólicas que los individuos establecen vinculadas a un modo de vida determinado. A partir de los procesos de industrialización y urbanización, el trabajo se convirtió en un elemento central en la misma construcción de la ciudadanía, alrededor del cual giraban los accesos y regulaciones a los derechos y deberes en la esfera pública de los individuos, pero que también incidía en su espacio privado, al vincularse a los procesos de reproducción social de los trabajadores.

Esta ciudadanía social, cuyo eje giraba en torno a un centro laboral, hegemonizado por los procesos fordistas (normalizados y normalizantes), se está desarticulando, al tiempo que genera una multiplicidad de identidades supralaborales, semilaborales y pseudolaborales que hacen que el orden productivo y reproductivo de las sociedades actuales tienda cada vez más a la fragmentación, a la individualización y a la autonomización de los derechos políticos de los sociales. Estas identidades aisladas y yuxtapuestas hacen que el trabajo quede en una situación de “desorden institucional y de desarticulación programada de sus modos de existencia”, así como de su concepción misma como hecho social.<sup>13</sup>

En este contexto, Guiddens establece la modificación de cuatro tendencias que están incidiendo en el actual concepto de trabajo:<sup>14</sup>

- *La equipación entre trabajo y empleo remunerado*, que se dio a partir de la posguerra en el mercado laboral, presuponía como punto de partida la familia patriarcal, donde los hombres se desarrollaban en función de un destino social que era la ocupación productiva, mientras las mujeres se les predestinaba a la domesticidad; esto dio por resultado que la meta del pleno empleo se entendiera como pleno empleo “masculino”; al incorporarse las mujeres al mercado de trabajo, el ideal fue muy difícil de alcanzar.
- *El modelo del trabajador permanente y a tiempo completo*, que se basaba en la importancia económica de la producción en serie y en la organización centralizada del capital y el trabajo asalariado, ahora es atacado por muchos otros modelos opuestos, como el trabajo de media jornada, las pausas voluntarias en la carrera, el autoempleo y el trabajo en casa.
- *Los trabajos para toda la vida*: como en tantos otros terrenos de la vida social, la actividad económica y más en concreto, el empleo remunerado, era para muchos algo predestinado; en cambio, en la actualidad, dentro de la perspectiva ocupacional, son pocos los empleos que ofrecen una salvaguarda contra el desempleo; es más, en los grupos socialmente menos favorecidos, el trabajo ya no suele considerarse materia de destino, siendo que se considere más frecuente así el desempleo.
- *La clase social ya no es experiencia de vida*: hasta hace poco la clase estaba vinculada a la experiencia y la acción comunitarias de diversas maneras, siendo una de ellas la experiencia laboral, sobre todo en las clases obreras; sin embargo, ahora la clase se personaliza y se expresa mediante la “biografía del individuo”, perdiéndose su percepción de destino colectivo. Además, la relación de las personas con el sistema de clases se establece ya no sólo como productor sino también como consumidor, extraviándose los símbolos culturales que, en su momento, eran formas de identificación colectiva.

Estas nuevas condiciones están marcando, sobre todo a la población juvenil, en un proceso que es central en este periodo de vida: la construcción, sobre la base del trabajo, de una identidad.

Las carreras o los empleos para toda la vida ya no son deseables y cada vez menos posibles para la inmensa mayoría de jóvenes. La identidad, como los bienes de consumo, se vuelve efímera y volátil.

En este sentido, el metadestino que se construyó en el imaginario social a raíz de la industrialización, sobre el tránsito de las nuevas generaciones hacia la adultez y que consistía en el circuito que empezaba en la familia, continuaba en la escuela y de ahí al empleo y a la participación social y política, que, si bien pocos jóvenes cumplían a cabalidad (las jóvenes, por ejemplo, el circuito en ocasiones se limitaba en el tránsito de la familia paterna a la constitución de su propia familia), persistía en el horizonte significativo de la mayoría de la sociedad como el camino más adecuado para obtener la certificación social de la incorporación a la adultez.<sup>15</sup>

No obstante, la década perdida de los ochenta y la acentuación y sistematicidad de las crisis en los noventa, configuraron un panorama donde este imaginario se fue desdibujando y fragmentando para amplios sectores juveniles. Las transformaciones en la familia (debido fundamentalmente a la incorporación de la mujer a los mercados de trabajo); el aumento de los niveles de escolaridad y su relación inversamente proporcional con las opciones de empleo (que influyeron en la menor movilidad social que representaba el paso por la escuela); la diversificación de los mercados de trabajo (y su correlativa ampliación de los sectores ocupados en la informalidad); los nuevos intereses que diversos sectores encontraron en participar social y políticamente vinculados a causas ciudadanas concretas (en detrimento de la participación en organizaciones políticas tradicionales). Todos ellos, entre otros elementos, fueron factores que han influido para romper el significado de aquel circuito ideal propuesto para la inserción de los jóvenes a la sociedad.

Parece ser que lo anterior está generando los primeros síntomas de una situación altamente contradictoria. Por un lado, esta mayor permanencia en la escuela conjuntamente con periodos más extensos para poder conseguir empleo; así como las dificultades para abandonar la casa paterna y constituir un hogar propio (adicional a la promoción juvenilizante que hacen los medios audiovisuales); todo ello está prolongando, en lo objetivo y en lo subjetivo, el periodo juvenil. Pero por otro lado, esta misma situación genera en las familias un malestar o al menos preocupación en torno al alargamiento de la condición de semidependencia en

que quedan las nuevas generaciones de jóvenes, pues tienen que compartir por mayor tiempo los ya de por sí escasos recursos sociales disponibles.<sup>16</sup>

Las cuatro condiciones para lograr esta incorporación a la vida adulta de una forma social típica (la independencia económica, la autoadministración de los recursos disponibles, la autonomía personal, y la constitución de un hogar propio),<sup>17</sup> menos jóvenes las cumplen, generándose, sobre todo, una individualización y fragmentación de las trayectorias laborales, que aunadas a los procesos arriba descritos de globalización, privatización y desreglamentación, desdibujan la construcción de certidumbres en torno a los ámbitos de trabajo.

Bauman<sup>18</sup> afirma que “la ética del trabajo” que “humanizaba” cualquier actividad económica, sin importar las características y el placer inmediato que produjera a quienes la realizaban y donde la sensación del deber cumplido era la satisfacción más directa, decisiva y suficiente, ahora es sustituida por la “estética del consumo” que premia la intensidad y diversidad de las experiencias, incluido el ámbito laboral, que puede ser degradante si no cumple con esa necesidad de obtener gratificaciones inmediatas (monetarias y vivenciales), novedosas y flexibles.

Esto hace que los trabajos se clasifiquen en dos categorías: las actividades fascinantes y refinadas capaces de brindar experiencias estéticas, y las otras ocupaciones remuneradas, que sólo aseguran la subsistencia: las primeras con catalogadas como “interesantes”, las segundas “aburridas”.

*Las tareas monótonas, repetitivas, rutinarias, carentes de aventura, que no dejan margen a la iniciativa ni presentan desafíos a la mente u oportunidades de ponerse a prueba, son “aburridas” [...] Estos trabajos carecen de valor estético; por lo tanto, tienen pocas oportunidades de transformarse en vocaciones en esta sociedad de coleccionistas de experiencias.*

*[Mientras en las primeras] ... se borra totalmente la línea que divide la vocación de la ausencia de vocación, el trabajo del hobby, las tareas productivas de la actividad de recreación, para elevar el trabajo mismo a la categoría de entretenimiento supremo y más satisfactorio de cualquier otra actividad. Un trabajo entretenido es el privilegio más envidiado.<sup>19</sup>*

Estas contradicciones plantean hacia los diversos sectores juveniles un mundo laboral altamente polarizado y paradójico. En primer lugar, a los jóvenes se les sigue formando todavía en la lógica del empleo remunerado, apostando que al salir del sistema educativo lograrán obtener una ocupación de este tipo, mientras que las tendencias apuntan a que será difícil un crecimiento significativo en los empleos remunerados. En segundo lugar, en el sector industrial y de servicios, las ocupaciones generadas estarán caracterizadas fundamentalmente por puestos que requieren una mínima calificación, bajos salarios y actividades rutinarias (las aburridas), en tanto las actividades altamente especializadas y con condiciones adecuadas de desarrollo serán mínimas.

Otra contradicción se produce con las opciones más directamente dirigidas a los jóvenes que son los empleos por horas, generados por cadenas de servicios y de alimentos (*MacDonald's*, *Blockbusters*, *Cinemex*, etcétera), en muchos de los cuales se requiere un cierto fenotipo y una estancia en la escuela que, de entrada, discrimina a amplios sectores juveniles que no poseen estas características y que dado el carácter intensivo de sus jornadas, desgastan prontamente a los jóvenes empleados.

Primero se pensó que la falta de educación formal era fuente de desocupación; posteriormente se consideraba que la educación contribuía a la desocupación o a la subocupación por falta de especificidad laboral en sus contenidos. En los últimos veinte años, en el contexto de una alta expansión de los sistemas educativos formales, la instrucción ha ido perdiendo importancia (aunque sin perderla del todo) en cuanto a maximizar las posibilidades de obtener empleo.

Es decir, en términos de la relación de clase con las oportunidades de incorporación a la actividad remunerada, la posesión de determinados niveles de instrucción formal se correlacionan cada vez más débilmente con la mayor o menor posibilidad de caer en el desempleo. Anteriormente (los años sesenta), los jóvenes con educación media o superior, los jóvenes trabajadores, los desocupados o subocupados, pertenecían a diferentes clases sociales: los primeros pertenecían a los sectores medios y altos, mientras que los segundos de las familias pobres.

En la actualidad, estos grupos pasan por situaciones muy similares y se intersectan.

[Pareciera que] ...ser joven en América Latina significa participar en una de las dos categorías dicotómicas siguientes: ser un desocupado o marginado de los circuitos laborales más gratificantes y con mayores perspectivas; o, ser un sobreocupado, integrado a costa de esfuerzos de dimensiones cada vez menos humanas. Ambas situaciones van en realidad en detrimento de las posibilidades de participación social integral...<sup>20</sup>

Formalmente, según la Organización Internacional del Trabajo (OIT)<sup>21</sup> los buscadores de trabajo abarcan a tres grupos: a) trabajadores que están en condiciones de tener un empleo, cuyo contrato está terminado o suspendido y que busca empleo; b) personas que estando en condiciones de trabajar durante un cierto periodo, busca trabajo y nunca ha conseguido empleo antes (primer empleo); y, c) personas que lo perderán y han tomado las precauciones para empezar a trabajar de nuevo en un empleo posterior.

Los jóvenes están presentes en los tres grupos, pero también hay quienes no buscan por desaliento o porque la estructura del funcionamiento de la familia, (en particular, las mujeres jóvenes) los obliga a realizar tareas domésticas. En este sentido, la búsqueda de trabajo depende de múltiples factores, particularmente de las actividades alternativas que los jóvenes cumplen cuando no tienen trabajo, como estudiar, ser mantenidos por sus padres, desempeñar trabajos de apoyo familiar o doméstico, etcétera).

De esta manera, las rutas de ingreso al trabajo por parte de los jóvenes son más largas y diversas. Dichas trayectorias no son unívocas y constantemente se observan regresos, nuevos intentos, desesperanzas y en ocasiones desencanto.

*Por consiguiente, para aquellos incapaces de encontrar un empleo, y que no se están capacitando con miras a hallarlo, la perspectiva de continuar desempleados puede llevarlos a la depresión, alienación, y conducirlos a la pérdida de autoestima. Finalmente, para los jóvenes cercanos a los 20 años, el éxito o fracaso en su búsqueda de trabajo es frecuentemente de gran influencia en sus empleos subsecuentes y en su historia personal.*<sup>22</sup>

Para un análisis más específico hay que considerar dos aspectos centrales del joven desempleado: el camino que adopta su búsqueda de trabajo, donde surge la idea de que un nuevo espacio que está marcando la incidencia y el éxito de su búsqueda: las redes

familiares y sociales, y su aptitud para trabajar, que no sólo se limita a las cualidades y conocimientos que incorpora vía la educación formal y/o de capacitación específica, sino que incluye la ética que va incorporando en su relación cotidiana fundamentalmente con la familia de origen, pero también con sus pares, maestros y demás actores que conformarán su capital social y cultural.

*Aun más, las redes sociales juegan un papel importante en el aprendizaje social y contribuyen a la formación del “capital social y cultural” del individuo, esto es, el conjunto de normas sociales, relaciones recíprocas, expectativas y modos de comunicar lo que se entiende del mundo, que cada uno se construye a través de su interacción social. Con frecuencia, el capital social y cultural del individuo es muy importante para tener acceso al trabajo. La naturaleza del capital social y cultural de una persona es específica de un lugar, depende en gran medida de la localización geográfica y es frecuentemente influida por el género, la raza y la clase social.<sup>23</sup>*

Precisamente, la hipótesis central que dirige el presente estudio plantea que estos jóvenes usan el mecanismo de intermediación institucional de la bolsa de trabajo del IMJ, debido a que no poseen las redes sociales que los apoyen para la consecución de un empleo o, en el mejor de los casos, las redes familiares o informales en las que se mueven ya no cumplen con sus expectativas, por lo que intentan encontrar otras formas de acceder a empleos más acordes con sus necesidades.

## **LO QUE SE SABE DE LOS JÓVENES Y EL EMPLEO EN MÉXICO**

**A** pesar de la amplia discusión sobre los nexos entre educación y trabajo en los últimos años en México, un estado del arte sobre estos temas y su vinculación con los jóvenes muestra que poco se sabe de los elementos incidentes en este proceso; las conclusiones de este estudio muestran que son cinco las vertientes detectadas en la relación de la tríada empleo-educación-jóvenes:<sup>24</sup>

- Diagnósticos globales (empleo y niveles de escolaridad, nexos entre aparato productivo e instituciones de educación

superior o impactos de la crisis económica sobre los niveles de bienestar de los jóvenes).

- La interacción entre educación, empleo y jóvenes (más cercana al tema que hoy nos ocupa), pero centrada fundamentalmente en egresados de educación superior.
- La que se orienta a estudiar los rendimientos económicos de la educación (contribución de la educación a los ingresos).
- La que se integra por estudios sectoriales sobre ramas de actividad específicas y su relación entre escolaridad y empleo o regiones geográficas concretas.
- La conformada por investigaciones referidas a los impactos y dinámicas de los procesos de capacitación y adiestramiento en el empleo.

Es decir, a pesar de que innumerables veces se ha planteado que la vinculación entre educación y empleo, en su punto de contacto concreto, es decir, en la incorporación del egresado del sistema educativo nacional al mercado de trabajo, es un tema eminentemente juvenil (independientemente del nivel que el joven egrese), poco se ha hecho para revisar este proceso a partir de la propia visión que los jóvenes tienen de esa experiencia, lo que arrojaría no sólo innumerables luces de cómo actuar para incidir sobre ambos sistemas, sino para conocer mejor sobre la condición juvenil misma y su relación con un aspecto central que la define en su incorporación y participación en otros campos del actuar social.

Los análisis a partir del enfoque del curso de vida de las y los jóvenes han mostrado la importancia que tiene la influencia de la escolaridad de la madre en la transmisión intergeneracional de oportunidades, sobre todo en lo que tiene que ver con la salida de escuela y con la incorporación al trabajo. Sobre el primer aspecto se ha observado que el abandono escolar acontece más temprano en las y los hijos de madres sin instrucción o con menos de seis años de estudio (50% de ellos lo hace antes de los 15 años), posponiéndose esa salida tres años más para los jóvenes cuya madre terminó la primaria, siendo las jóvenes quienes dejan la escuela más tempranamente que sus similares varones.<sup>25</sup>

Con relación a la incorporación al trabajo, los hombres jóvenes inician una actividad remunerada más tempranamente y en

mayor proporción que las jóvenes; en correlación, las mitad de ellos, cuyas madres tenían una escolaridad de primaria incompleta, comenzó a trabajar antes de los 16 años, mientras que quienes proceden de hogares donde la madre contaba con estudios de primaria concluidos o más, lo hace a los 18 años. Para el caso de las mujeres jóvenes, cuyas madres poseen escasa escolaridad, casi el 20% comenzó a trabajar a los 16 años, proporción que se reduce al 13% cuando las madres han concluido la primaria.<sup>26</sup>

Como puede observarse, el primer condicionante de las opciones que el joven enfrenta en su proceso de incorporación social es el origen de la familia, a lo cual se añade su periodo de permanencia en la institución escolar. De esta manera, las opciones de empleo y/o trabajo corresponderán a esta trayectoria inicial.

A partir de lo anterior y dado que las problemáticas de empleo deben ser entendidas y atendidas en el ámbito local, es necesario revisar muy rápidamente las características que se producen de manera particular en la población juvenil del Distrito Federal (DF) teniendo como parámetro lo que acontece a nivel nacional.

Para 1998,<sup>27</sup> a nivel nacional, los 33.4 millones de jóvenes entre los 12 y 29 años<sup>28</sup> representaban un poco más de la tercera parte de la población total (34.9%), siendo ligeramente mayor la proporción de mujeres (Cuadro 1). Para el Distrito Federal esta proporción de jóvenes no se modifica sustancialmente (35%) con excepción de que la proporción del grupo de adultos (30 años y

**Cuadro 1**  
**Población total por grupos de edad y sexo**  
**República Mexicana, trimestre abril-junio, 1998**

GRUPOS DE EDAD	TOTAL		HOMBRES		MUJERES	
	Abs	%	Abs	%	Abs	%
Nacional	95 675 535	100.0	46 698 045	100.0	48 977 490	100
Menos de 12 años	26 297 175	27.49	13 447 210	28.80	12 849 965	26.24
De 12 a 29 años	33 408 124	34.92	16 250 504	34.80	17 157 620	35.03
30 años y más	35 960 487	37.59	16 996 960	36.40	18 963 527	38.72
No especificado	9 749	0.01	3,371	0.01	6 378	0.01

FUENTE: Elaborado por CIEJ-IMJ, con base en INEGI-STPS, *Encuesta Nacional de Empleo 1998*, México, 1999.

más) tiene un mayor peso en la capital que a nivel nacional (43.5% contra 37.6%), según puede apreciarse en el Cuadro 2.

Los 3 millones de jóvenes del DF que había en 1998 (la segunda entidad con mayor número de jóvenes en el país, sólo des-

**Cuadro 2**  
**Población total por grupos de edad y sexo**  
**Distrito Federal, trimestre abril-junio, 1998**

GRUPOS DE EDAD	TOTAL		HOMBRES		MUJERES	
	Abs	%	Abs	%	Abs	%
Distrito Federal	8 572 535	100.0	4 144 613	100.0	4 427 922	100.0
Menos de 12 años	1 838 310	21.44	975,567	23.54	862,743	19.48
De 12 a 29 años	3 000 596	35.00	1 458 608	35.19	1 541 988	34.82
30 años y más	3 733 629	43.55	1 710 438	41.27	2 023 191	45.69

FUENTE: Elaborado por CIEJ-IMJ, con base en INEGI-STPS, *Encuesta Nacional de Empleo 1998*, México, 1999.

pués del Estado de México), se distinguen del resto nacional en que predominaban las edades de 20 a 29 años (58.5%), lo que habla de una mayor presencia de jóvenes que están hipotéticamente en las etapas intermedias o finales de su juventud, sobre todo en el caso de los hombres (Cuadro 3).

**Cuadro 3**  
**Distribución porcentual de la población joven por grupos de edad y sexo República Mexicana y Distrito Federal, trimestre abril-junio, 1998**

GRUPOS DE EDAD	TOTAL		HOMBRES		MUJERES	
	R. M.	D. F.	R. M.	D. F.	R. M.	D. F.
Población juvenil	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
12 a 14 años	19.8	15.1	20.4	15.9	19.3	14.4
15 a 19 años	30.6	26.4	31.2	25.9	30.0	26.9
20 a 24 años	26.7	31.8	26.2	32.2	27.2	31.4
25 a 29 años	22.8	26.7	22.2	26.0	23.4	27.3

FUENTE: Elaborado por CIEJ-IMJ, con base en INEGI-STPS, *Encuesta Nacional de Empleo 1998*, México, 1999.

No obstante, cuando se compara su condición de actividad, puede apreciarse que las proporciones se invierten (cierto que de manera pequeña, pero indicativa) entre los que son económicamente activos y quienes no lo son, pues hay más inactivos en el DF (Cuadro 4).

En el Cuadro 5 esta particularidad de la población juvenil en la capital de la República se acentúa al desglosar a los jóvenes económicamente activos y su condición de ocupación, observándose que

**Cuadro 4**  
**Condición de actividad de la población joven**  
**República Mexicana y Distrito Federal, trimestre abril-junio, 1998**

ENTIDAD	JÓVENES		PEA		PEI	
	Abs	%	Abs	%	Abs	%
República Mexicana	33 408 124	100.0	16 913 583	50.63	16 494 541	49.37
Distrito Federal	3 000 596	100.0	1 473 404	49.10	1 527 192	50.90

FUENTE: Elaborado por CIEJ-IMJ, con base en INEGI-STPS, *Encuesta Nacional de Empleo 1998*, México, 1999.

**Cuadro 5**  
**Población económicamente activa joven**  
**por condición de ocupación**  
**República Mexicana y Distrito Federal,**  
**trimestre abril-junio, 1998**

ENTIDAD	PEA JOVEN		OCUPADA		DESOCUPADA ABIERTA	
	Abs	%	Abs	%	Abs	%
República Mexicana	16 913 583	100.0	16 296 002	96.35	617 581	3.65
Distrito Federal	1,473,404	100.0	1 375 877	93.38	97 527	6.62

FUENTE: Elaborado por CIEJ-IMJ, con base en INEGI-STPS, *Encuesta Nacional de Empleo 1998*, México, 1999.

**Cuadro 6**  
**Población desocupada abierta joven por sexo y nivel de instrucción**

NIVEL	POBLACIÓN JOVEN		HOMBRES		MUJERES	
	Abs	%	Abs	%	Abs	%
Total	97 527	100.0	59 302	100.0	38 225	100.0
Sin instrucción	0	0	0	0	0	0
Primaria incompleta	5 446	5.58	5 431	9.16	15	0.04
Primaria completa	8 726	8.95	7 355	12.40	1 371	3.59
Secundaria incompleta	9 997	10.25	7 906	13.33	2 091	5.47
Secundaria completa	22 465	23.03	15 520	26.17	6 945	18.17
Subprofesional	8 789	9.01	823	1.39	7 966	20.84
Preparatoria	24 155	24.77	12 655	21.34	11 500	30.08
Profesional medio	1 726	1.78	905	1.53	821	2.15
Profesional superior	16 223	16.63	8 707	14.68	7 516	19.66

**FUENTE:** Elaborado por CIEJ-IMJ, con base en INEGI-STPS, *Encuesta Nacional de Empleo 1998*, México, 1999.

los que se encuentran en desocupación plena casi duplican a la media nacional (3.6% contra 6.6%).

El desempleo juvenil en el DF se recrudece en el sector con estudios de nivel medio o superior (52.2%), pero sobre todo en las mujeres jóvenes con escolaridad superior a la secundaria, donde alcanza al 72.7% de ellas, en comparación con el 38.9% de los hombres (Cuadro 6).

## EL PROYECTO: TRAYECTORIAS LABORALES JUVENILES: ÁMBITO Y OBJETIVOS

**E**l proyecto de investigación se realizó bajo la coordinación del Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud y con el apoyo de la Dirección de Empleo y Capacitación y Bienestar Juvenil del IMJ, aprovechando a la población juvenil que asiste a la Bolsa de Trabajo (BT) de la institución.

En el año 2000, el IMJ facilitaba a los jóvenes el acceso e incorporación al sector laboral mediante los servicios de bolsa de trabajo y capacitación laboral con becas a través de varias modalidades en coordinación con la Secretaría de Trabajo y Previsión Social (STPS). Lo más relevante de este programa es que venía operando en esta instancia de juventud (ahora denominada IMJ) desde hacía 23 años, aun a pesar de los cambios en el rumbo y la dirección institucionales. Es más, en 2000 el programa de empleo juvenil era, tal vez, el único de los programas de carácter operativo y no normativo del Instituto. Es probable que una de las razones que explique su permanencia sea no sólo el que diera servicio directo a los jóvenes, sino también la flexibilidad para incorporar, a lo largo de su desarrollo, actividades adicionales que le permitieron consolidarse y reforzar/actualizar a lo largo de esos años y administraciones sus objetivos y acciones.

Así, cuando en 1999 se constituyó formalmente el IMJ como dependencia federal descentralizada (dejando de ser apéndice de la Comisión Nacional del Deporte), empezó a denominarse Programa de Empleo, Capacitación y Bolsa de Trabajo, al tener como propósito brindar a las y los jóvenes alternativas de empleo, capacitación para el trabajo y becas educativas que les permitieran ampliar sus oportunidades de desarrollo e inserción a la vida productiva de México.

Las entrevistas iniciales realizadas a los directivos del programa nos señalaron que se trataba de jóvenes usuarios entre los 17 y los 29 años de edad y que, en su gran mayoría, estaban inscritos en el sistema escolar o lo habían estado en los niveles medio y superior. Estas características entraban en el perfil juvenil, en el que pudiéramos explorar la relación jóvenes —empleo—educación en trayectorias laborales concretas de jóvenes que buscaran trabajo y/o tuvieran alguna experiencia laboral.

Como se ha sostenido acápite arriba, no sólo existe un territorio desierto en cuanto a la investigación y exploración empírica de la relación jóvenes y empleo, salvo las aproximaciones realizadas en un marco de estudios de la fuerza laboral nacional y regional; el desconocimiento es aún mayor en lo que refiere a esta relación y las trayectorias laborales de quienes se inician en la búsqueda de empleo y tienen cierta calificación adquirida, ya sea en la educación formal o por otras vías.

Por ahora nos basta con señalar que muchos estudios sobre los procesos de inserción laboral juvenil han centrado sus preocupaciones en los logros educativos y su influencia en los logros laborales, sin detenerse en la *integralidad* que representa este tránsito de la familia de origen al empleo, incluyendo su paso por la escuela.

La *integralidad* del tránsito juvenil al empleo incluye fundamentalmente ese *rico entramado de relaciones sociales* que se va dando a través de la vida del joven por los diferentes ámbitos en la que transcurre y que le van ofreciendo una gama de condiciones sobre sus posibilidades de obtención de trabajo y percepciones sobre la calidad que éste puede o debe tener.

En todos los espacios sociales y culturales en los que se inserta y se desarrolla el quehacer cotidiano del joven, como son la familia, la escuela, el trabajo o el barrio se generan y operan procesos de identidad. Su característica es su carácter relacional y subjetivo, hecho que, de alguna manera, flexibiliza o hace borrosas las segmentaciones más duras de la sociedad (por ejemplo, el origen y pertenencia a la clase social y a ciertos ambientes sociales, étnicos o de género). En estos ambientes cotidianos se generan los grupos de filiación y demás formas agregativas sociales, denominadas *redes sociales*, las cuales funcionan a modo de "... parámetros culturales o simbólicos que no son independientes del acontecer socioeconómico, sino que éste los condiciona profundamente".<sup>29</sup>

El tema de las redes sociales es preponderante en el enfoque de nuestro trabajo.

*Las redes sociales se utilizan para analizar las relaciones mediáticas entre los entornos estructurales y las capacidades reflexivas de la acción en la juventud, tomando en cuenta los procesos*

*identitarios que suponen dicha categoría. Expresan, por este motivo, una opción analítica entre los condicionamientos estructurales y los acomodamientos que los jóvenes construyen en función de sus oportunidades y alternativas que ofrecen los procesos identitarios propios de su rango de edad y las características biológicas, psicológicas, antropológicas y sociales que los caracterizan.*<sup>30</sup>

Por tanto, nuestra indagación sobre el capital social familiar y su conexión con el capital educativo cultural acumulado por los jóvenes “buscadores de trabajo” representa el aspecto y la aportación al proyecto.

El objetivo general del proyecto fue obtener una visión integral de las tendencias que sobre el fenómeno del empleo se manifiesta en ciertos jóvenes del área metropolitana de la ciudad de México, tomando como datos significativos aquellos que nos permitieran establecer relaciones entre la inserción y situación laboral, las redes sociales y la educación de los y las jóvenes con la estructura socioeconómica y política general de la región. Al pretender dar una visión integral sobre la transición laboral de los y las jóvenes urbanos se construyeron cuatro ámbitos o campos analíticos, a través de los cuales acercarnos a este proceso: el ámbito laboral, el familiar, el educativo y el de las redes sociales.

Es necesario aclarar que en el presente texto sólo se consignarán ciertas particularidades encontradas en las trayectorias laborales de los y las jóvenes entrevistados, las cuales permiten acercarnos con mayor profundidad el perfil de los jóvenes usuarios que acuden a solicitar empleo a la BT del IMJ y resaltar algunas de las interrelaciones familiares, escolares y de capital social que influyen en los jóvenes entrevistados en sus perspectivas y logros de ocupación. Sin embargo, antes de abordar las trayectorias laborales juveniles, describiremos el universo y los enfoques metodológicos aplicados en el proceso de investigación.

## **UNIVERSO Y ENFOQUES UTILIZADOS EN LA INVESTIGACIÓN**

**E**n el proceso de investigación se combinaron acercamientos cuantitativos y cualitativos. En un primer momento, se realizó un acercamiento cuantitativo a los registros de solicitudes de empleo y

becas correspondientes al año de 1999 en la BT, contemplando una población juvenil entre los 17 y los 29 años de edad, a fin de diseñar un primer perfil sociocultural de los jóvenes que acuden al servicio. Simultáneamente, se acometió la observación participante dentro del espacio de la BT, a fin de explorar la actuación de algunos de los sujetos en la escena social (mediadores/jóvenes buscadores de empleo) y así comprender y valorar la atención que reciben los jóvenes usuarios cuando llegan a solicitar empleo y son canalizados.

Así, con los 2 521 registros de solicitud de empleo de la BT se construyó una base de datos dando cuenta de algunas características básicas de los usuarios, como son: edad (17-29 años), sexo (60% usuarios varones/40% mujeres), grado de escolaridad (secundaria, carrera comercial, técnico, bachillerato y profesional), estado civil (solteros, unidos en pareja, madres solteras, entre otros). Los datos sustantivos que arrojó la aproximación cuantitativa a los registros sirvieron de parámetro para construir una muestra no probabilística de sujetos-tipo de los jóvenes usuarios de este servicio. Si bien no intentamos dar a esta muestra un carácter estadísticamente representativo —en tanto nuestro objetivo es exploratorio y buscamos la calidad y profundidad de la información—, se buscó y seleccionó a los y las jóvenes que entraran en estos parámetros, observando la proporción en términos de segmentos de edad y sexo que había arrojado la revisión de registros.

A partir de estos resultados, se definió una muestra de perfiles-tipo de la heterogeneidad juvenil encontrada, con el objeto de aplicar entrevistas en profundidad a los que serían seleccionados. En razón de este criterio, se eligieron 30 hombres y 22 mujeres, sumando un total de 52 jóvenes; de los cuales 47 eran solteros y 5 casados en el momento de su visita a la BT, dado que la incidencia en los casos de personas solteras era mayor.<sup>31</sup>

La segunda etapa consistió en la elaboración de los cuestionarios base para la aplicación de las entrevistas a profundidad a fin de rescatar acontecimientos y actividades de los jóvenes buscadores de empleo que no podían observarse directamente en los registros de inscripción a la BT. Los temas anteriormente determinados (familia, escuela, trabajo y redes sociales) se desglosaron, a su vez, en preguntas principales y preguntas secundarias, las cuales respondían a diversas variables e indicadores importantes para co-

nocer con mayor profundidad el origen de los jóvenes, sus cosmovisiones y sus expectativas futuras de vida. En la aplicación de las entrevistas, se puso en práctica un modelo de conversación entre iguales, para las cuales previamente se capacitó a un equipo de jóvenes estudiantes de antropología, sociología y psicología para que las aplicaran y las fueran rediseñando en la experiencia de campo.<sup>32</sup>

### **EL PERFIL DE LOS/LAS JÓVENES BUSCADORES DE EMPLEO**

**E**n una primera aproximación a los y las jóvenes que acuden a buscar empleo en la BT, a través de los registros del año de 1999, se observa que ellos y ellas provienen fundamentalmente del Distrito Federal (65.5%) y de los municipios conurbados del Estado de México (25.5%). Del total que vive en el Distrito, el 29% lo hace en la Gustavo A. Madero, el 27% en Iztapalapa, el 16% en la Cuauhtémoc, el 11% en Azcapotzalco, el 9% en la Venustiano Carranza, el 8% en Coyoacán y el resto habita en otras delegaciones. Mientras que el grueso de los que provienen del Estado de México habitan en Ciudad Nezahualcóyotl (38%) y en Ecatepec (31%), y los demás en municipios circunvecinos al DF, como Tlalnepantla (12%), Naucalpan (10%), Chimalhuacán (5%) y Cuautitlán Izcalli (4%).

Los buscadores de empleo son mayoritariamente de sexo masculino (60%). Sin embargo, la presencia de jóvenes mujeres es bastante relevante (40%). Los y las jóvenes que más acuden a la BT en busca de empleo son aquellos que se encuentran entre los 20 y los 24 años de edad (45%) y entre los 25 y los 29 años (un 27%), mientras la población entre 15 y 19 años es aún escasa (13%).

Un rasgo que parece distinguir a los jóvenes que acuden a la BT es su nivel de escolaridad. En efecto, un 40% de ella cursa o ha terminado sus estudios profesionales, otro 30% su bachillerato y un 19% tiene estudios técnicos. Este hecho parece influir fuertemente en las áreas de interés de estos buscadores de empleo. Así, al registrarse ellos y ellas afirmaron estar principalmente interesados en encontrar empleo en las áreas: Administrativa y Comercial (47%), en la de Sistemas (9%) y, en la de Salud y Educación (4%),

mientras sólo un 6% parece estar interesado en empleos operativos. Sin embargo, se observa que un 22% aún no tiene claras sus áreas de interés (22%).

## **TRAYECTORIAS LABORALES DE LOS Y LAS JÓVENES ENTREVISTADOS**

**L**os y las jóvenes entrevistados para esta exploración viven en la ciudad de México y en los municipios conurbados del Estado de México, tienen entre 18 y 28 años de edad, aunque la mayor parte de las experiencias y valoraciones obtenidas en este estudio provienen de jóvenes que tienen entre los 21 y 25 años de edad, que están cursando o han terminado sus estudios universitarios. Es más, al momento de la entrevista, el resto de jóvenes tiene como mínimo estudios de bachillerato (incluida la modalidad técnica). Llama la atención que las jóvenes mujeres tienen mayor escolaridad que los jóvenes varones. Es notoria, sin embargo, la diferencia entre las áreas de interés escolar de mujeres y hombres. La preferencia de las primeras está en Humanidades, mientras los segundos optan principalmente por cursar sus estudios en la de Ciencias y Tecnología.

La forma predominante de familia que se encuentran en los y las jóvenes entrevistados es la nuclear, seguida de la familia extensa y, luego, la del tipo monoparental.<sup>33</sup> Casi todos los entrevistados (incluso los pocos casos que se encuentran casados y con hijos) viven en el seno familiar, ya sea con uno o ambos padres o con otro familiar, y todos mantienen una relación muy cercana con sus padres y hermanos, además de con otros parientes cercanos a sus núcleos familiares. Ellos y ellas por igual no sólo viven en términos físicos y espaciales con sus familias. También expresaron un fuerte involucramiento sentimental/emocional y sólidos lazos económicos con ellas.

### **Inicio de la trayectoria laboral**

A grandes rasgos, los y las jóvenes que asisten a la BT inician sus trayectorias laborales entre los 15 y los 20 años. Sin embargo, los jóvenes la inician algunos años antes que las mujeres. Con más

frecuencia, los hombres jóvenes se inician como trabajadores entre los 15 y los 17 años. Existe un mayor número de mujeres que parece necesitar emplearse entre los 21 y los 23 años de edad.

Así, entre los 11 y los 14 años pocos varones se inician como trabajadores. Sin embargo, entre los 15 y los 17 años, edad que marca su paso a la adolescencia, muchos de los entrevistados entraron a trabajar sin dejar de estudiar. Otros más se iniciaron entre los 18 y los 20, así como entre los 21 y los 23. La cifra disminuye bruscamente en los siguientes rangos de edad. Al preguntarles los motivos de su ingreso a la esfera laboral, respondieron que prioritariamente era para “solventar gastos personales propios” (es decir, gastos en ropa, esparcimiento, cursos extra académicos y otros). En segundo lugar, aunque bastante distante de la primera razón, está “para apoyar gastos de la economía familiar”. Cabe destacar la presencia importante de aquellos que empiezan a trabajar por ambas razones (que incluye gastos escolares), lo cual estaría señalando una ligera tendencia a que los jóvenes hombres aporten al gasto familiar o reduzcan la presión de ese gasto apoyando a la familia desde el inicio de su trayectoria laboral.

En el caso de las entrevistadas, el ritmo y los motivos de su entrada a la esfera laboral son diferentes. Ésta inicia tres años más tarde que la de los hombres y la demanda de trabajo no aumenta sustantivamente entre los 21 y 23 años. Solventar sus gastos propios y la “curiosidad por conocer” (experimentar el trabajo, aprender en la práctica sus intereses vocacionales, servir y otras) son — casi por igual— las motivaciones prioritarias de su entrada a la esfera laboral. Cabe señalar que el “solventar los gastos de la economía familiar” es una razón mucho menos importante para ellas.

Algo a resaltar es que, y para el perfil de jóvenes en nuestro estudio, tanto los hombres como mujeres incursionan en el mercado laboral por iniciativa propia y sólo algunos lo hacen por presiones familiares (para solventar los gastos familiares). A diferencia de las búsquedas adultas de empleo, las de los y las jóvenes tienen más que ver con su propia condición juvenil, esto es, con *las necesidades* que tienen en determinado momento. Y éstas están relacionadas, por un lado, con sus exploraciones identitarias en varios ámbitos de la vida (el laboral, por ejemplo) y, por otro, con “las que su tiempo presente les demande” (entre ellas, obtener dinero para explorar los espacios de ocio y otros).

También, desde una mirada que relaciona la condición juvenil con el género, el trayecto del inicio laboral pareciera moverse al ritmo del tránsito entre la pubertad y la adolescencia y entre éstas y la juventud, vividos de manera diferenciada entre hombres y mujeres. En nuestra sociedad, a pesar de afirmaciones como la de “los ritos ya no existen”, el tránsito de la niñez a la adultez está marcado por ritos de paso. Feixa<sup>34</sup> observa que aún en muchas sociedades actuales, la condición de tránsito entre la infancia y la adultez en las mujeres está relacionada con ritos de paso que celebran su capacidad de procreación (reproducción de la vida), mientras que los relacionados con los varones celebran el inicio de su capacidad productiva y proveedora.

Así pues, el que los jóvenes varones inicien su trayectoria laboral más temprano que las mujeres podría estar relacionado con dos situaciones aparentemente simultáneas: la primera, con su paso a la juventud, esto es, con su necesidad de tener más espacios y tiempos para sí (tiempo de ocio), los cuales requerirían, según el rol de género en nuestra cultura, ser solventados por sí mismos. En nuestra sociedad, una de las funciones más importantes del rol de género masculino es fomentado en ellos desde muy pequeños y se convierte en presión durante la adolescencia y juventud. Ellos deben demostrar —paso a paso— que pueden ser autosuficientes, para en un “futuro” demostrar que pueden también ser proveedores y mantenedores de sus propias familias. Es más, conseguir su primer trabajo y aportar dinero a la economía familiar puede ser entendido como un rito de paso entre su condición de infante dependiente y su primera entrada a la condición adulta, caracterizada por la independencia y autonomía.

Para el caso de las mujeres, observamos una actitud diferente por parte de la familia con respecto a ellas, relacionada con los roles de género femeninos socialmente aceptados. La manifestación de su condición de mujer adulta no se encuentra en la esfera laboral (productiva), sino en la esfera de la reproducción de la vida. Por tanto, en este estudio, las mujeres jóvenes no tienen que demostrar su capacidad productiva, como en el caso de los varones, De ahí que no sólo puedan retardar su ingreso a la vida laboral, sino que también puedan gastarse el dinero en su persona o también darse la oportunidad de experimentar el ámbito de trabajo como espacio de exploración de su propia identidad.

Otro punto de vista —desde el tipo de familia— nos permite entrar a mayor profundidad en este tema y, por ahora, sólo subrayar algunos elementos pertenecientes a otros ámbitos en los que los y las jóvenes se desenvuelven en la vida real, las cuales vuelven borrosas algunas segmentaciones “duras”, por ejemplo la de género.

Partimos de considerar que existe una fuerte relación entre el tipo de familia en el que están insertos, la realidad y expectativas escolares y la edad de inicio laboral de los entrevistados y las entrevistadas. Así, la escolaridad de los y las jóvenes que viven en familias nucleares va desde el nivel medio superior, en su modalidad de carrera técnica, y pasa por el nivel superior hasta el grado de maestría. En este tipo de familia, los padres valoran fuertemente los estudios sobre cualquier otra actividad (laboral o lúdica). Casi todos los y las jóvenes de este tipo de familia empezaron a tener sus primeras experiencias laborales entre los 15 y los 18 años en empleos que les permitieran seguir en la escuela. Con todo, las razones que esgrimieron hombres y mujeres para iniciar a trabajar fueron divergentes. Los hombres se iniciaron en el momento que dejaron de estudiar más por influencia o exigencia de los padres que por deseos propios, mientras las jóvenes manifiestan que entraron a trabajar para “reconocerse como gente productiva” o “saber lo que era el trabajo” o para lograr algunas satisfacciones personales y de diversión.

Entre los y las jóvenes que viven en familia extensa, la escolaridad abarca entre el nivel medio superior, carrera técnica y el nivel superior. En este caso, la valoración familiar de los estudios se da a través de prácticas específicas y no discursivas. Está sustentada en el apoyo económico que cada miembro de la familia extensa realiza para que sus hijos y hermanos sigan estudiando. El inicio de la trayectoria laboral para los y las jóvenes de este tipo de familia tampoco se debe a presión familiar alguna. Dependerá del lugar que ocupe el joven o la joven dentro de la familia, si se es el primogénito o la primogénita, la edad de inicio tiende a ser menor (15 y 17 años para los hombres, 18 a 23 para las mujeres); si se es menor o hijo único, contará con toda la protección familiar y postergará su entrada al mercado laboral. Sin embargo, las razones por las cuales empiezan a trabajar tienen que ver con solventar sus gastos personales, aunque sin dejar de estudiar o al cabo de interrumpir sus

estudios por tiempos cortos, para volverlos a iniciar impulsados precisamente por las expectativas de la familia.

Por último, los y las jóvenes que viven en familias monoparentales tienen también una escolaridad entre el nivel medio superior, la carrera técnica y en el nivel superior. En este tipo de familia la madre está al frente de ella. Ninguno de los entrevistados expresa haberse quedado sin estudiar por la ausencia del padre. Sin embargo, los y las jóvenes de este tipo de familia adelantan su ingreso al mercado laboral (15 ó 16 años si es hombre, 23 si es mujer), bien sea para solventar sus gastos personales o escolares y/o para brindar una aportación económica a sus hogares, aunque sus madres no se los demanden. Ellos y ellas por igual dan un lugar relevante al empleo en sus vidas.

### **La obtención del primer empleo**

Tanto hombres como mujeres consiguieron su primer empleo principalmente a través de relaciones sociales. Otras vías secundarias fueron medios propios,<sup>35</sup> la BT y, por último, otras bolsas de trabajo. Es decir, el primer empleo fue conseguido gracias a las redes sociales de las que dispone cada joven. En el inicio de su trayectoria laboral, la red más importante de los y las jóvenes es la familiar. Ella vincula, sin embargo, a más hombres que a mujeres a su primer empleo. Puede observarse que la familia en este momento es no sólo un núcleo importante, sino una estructura dinámica que provee a los y las jóvenes de las mayores posibilidades de insertarse al mundo laboral.

El segundo ámbito en importancia para la inserción activa de los y las jóvenes en el mundo laboral es la red de amigos desarrollada en la escuela. A través de ella, se vincularon a su primer empleo muchas más mujeres que hombres. Para estos últimos, funciona en este primer momento y sobre todo para insertarse en el ámbito laboral, la red de amigos en la comunidad, red de la carecen todas las jóvenes entrevistadas. Que más mujeres se vinculen a su primer empleo por vía de las amistades desarrolladas en la escuela y más hombres lo hagan vía sus amistades del barrio está estrechamente vinculado al rol social de cada uno de los sexos. La socialidad de las jóvenes mujeres está marcada por su vinculación a grupos cerrados y en espacios acotados; mientras la socialidad

de los jóvenes varones es mucho más abierta y se caracteriza por su pertenencia a varios grupos, tanto de la comunidad como del resto de ámbitos donde socialmente les está permitido circular con libertad desde pequeños.

Abrumadoramente, los y las jóvenes entrevistadas se insertaron por primera vez al mundo laboral en empresas privadas. En segundo lugar, lo hicieron en negocios familiares y, en tercero, en instituciones del sector público. Este movimiento es igual en hombres y en mujeres, con excepción de un caso, en que un joven se autoempleó en su negocio propio. Hasta aquí podríamos señalar que son las instituciones privadas las que con mayor frecuencia abren sus espacios a este perfil de jóvenes para su primera inserción en el mercado laboral. Sin embargo, ¿cuál es el tipo de empleos a los que, por primera vez, acceden estos y estas jóvenes? O mejor, ¿qué tipo de empleos ofrecen las empresas privadas a estos jóvenes con estudios de nivel medio superior y superior?

Para observar esto, hemos creado cuatro categorías que agrupan los tipos de empleo a los que nuestros entrevistados accedieron por primera vez, utilizando las propuestas de Castells y otros especialistas.<sup>36</sup> Éstas son:

- *Trabajo genérico 1 (G1)*: incluye todos aquellos empleos que no requieren de conocimiento previo alguno. Son empleos manuales no calificados no vinculados a algún tipo de tecnología específica. En esta categoría caben empleos como el de demostración de mercancías, animadores no calificados en actividades de esparcimiento, meseros, cargadores, volanteros, ayudantes generales, mensajeros, guardias y otros similares.
- *Trabajo genérico 2 (G2)*: incluye los empleos para los que tampoco se necesita una calificación específica, pero sí una preparación mayor en tanto están vinculados a los ámbitos administrativos, tales como *telemarketing*, vendedores no especializados, entre otros.
- *Calificado 1 (C1)*: se incluyen todos los empleos para los que sólo es necesaria una preparación técnica, como son los de capturistas, recepcionistas, secretarías, o aquellos que tienen que ver con la enseñanza de habilidades artísticas manuales para niños, por ejemplo.

- *Calificado 2 (C2)*: incluye los empleos para los que se necesita tener una preparación universitaria.

Bajo esta perspectiva, la mayoría de los jóvenes entrevistados empezó a trabajar en empresas privadas con empleos considerados dentro de la categoría G1, esto es como demostradores, animadores, meseros, cargadores, “volanteros”, ayudantes generales, mensajeros, edecanes, guardias y algunos otros. Encontramos diferencias importantes por sexo en este primer acceso laboral. Por ejemplo, existe una mayor tendencia a que las jóvenes accedan en el inicio de su trayectoria laboral a trabajos C2.

### **El último empleo**

Al momento de la entrevista, la mayor proporción de los y las jóvenes se encontraba exclusivamente trabajando (21 de los 37). En segundo lugar, sólo estudiaba (17 del total) y resto combinaba las dos actividades. Entre las situaciones que resaltan en este conjunto de información están: el que la condición de exclusivamente estudiante esté reservada a unos pocos y pocas, el peso del grupo de los que estudian y trabajan descansa sobre todo, en presencia de las mujeres, y, finalmente, que el desempleo lo padezcan tanto hombres como mujeres por igual.

Varias cosas pueden decirse respecto a la condición de actividad de hombres y mujeres por separado. El mundo laboral parece absorber a los jóvenes varones con mucho más frecuencia que a las jóvenes mujeres y es un proceso que se desarrolla en desmedro de sus estudios. Así, el número de hombres que exclusivamente se dedican a trabajar es mucho mayor que el de las jóvenes que sólo se dedican a ello. Inversamente, el número de varones que solamente estudian es comparativamente menor al número de mujeres en la misma situación.

Por otro lado, el movimiento de las jóvenes tiene un curso diferente al de sus congéneres del sexo opuesto. En la actualidad, ellas privilegian el estudio sobre las otras actividades. El grupo conformado por las mujeres que solamente estudian y las que estudian y trabajan es aplastante con respecto al mismo conjunto varonil.

No obstante, los mismos datos apuntan algunas tendencias respecto a la importancia que las jóvenes parecen estar dando al empleo en sus vidas y a los medios —como la educación, por ejemplo— que consideran necesarios para conseguirlo. Por un lado, el grupo de jóvenes mujeres que estudian y trabajan es mucho más importante que el conformado por aquellas que sólo se dedican a estudiar; y, por otro, el grupo conformado por las que exclusivamente trabajan y aquellas que trabajan y estudian es ligeramente menor al grupo conformado por aquellas que estudian y las que trabajan y estudian.

Las razones por las que actualmente están trabajando o por las que desean trabajar vertidas por nuestros entrevistados, pueden ayudarnos a profundizar en este último tema y en el de la influencia de la esfera laboral en el tránsito a la vida adulta.

Una primera aproximación a estas razones en el último empleo señala a “solventar los gastos propios” como el motivo principal que tienen para trabajar los y las jóvenes entrevistados. El segundo lugar de sus prioridades lo ocupa el “solventar los gastos de la economía familiar”. En términos generales, es posible sostener que el orden de los motivos para trabajar esgrimidos en el primer trabajo y en el último es el mismo. Sólo habría que destacar que, en esta trayectoria laboral, ha aumentado considerablemente el número de jóvenes que trabajan para solventar tanto sus gastos personales como los de su familia. Esta situación es significativa, pues podría estar señalando el tránsito de algunos jóvenes a la esfera adulta en términos de una mayor asunción de responsabilidades (como la de convertirse en autosuficiente e iniciar la manutención de otros), y que uno de los factores que coadyuva positivamente en este tránsito es su cada vez más fuerte y mayor inserción en la esfera laboral.

Una segunda aproximación a los y las jóvenes por género puede mostrarnos detalles de este tránsito. Así, contrario a las razones que los jóvenes varones priorizaron al inicio de su trayectoria laboral (en primer lugar, la de solventar sus gastos propios y, en segundo, la de solventar los gastos familiares), los jóvenes entrevistados que están trabajando en la actualidad o que desean volver a hacerlo, tienen por razones principales solventar los gastos familiares y sus gastos propios o personales, ubicándolas en el mismo nivel de prioridad.

Por otro lado, también se observa un reordenamiento en las prioridades de las razones que las jóvenes mujeres esgrimen para trabajar. Al inicio de sus trayectorias laborales, ellas priorizaron el solventar gastos propios junto a otras razones (muchas de ellas no específicamente económicas que responden a la curiosidad de conocer lo que es trabajar y explorar en la práctica sus intereses vocacionales) como los motivos más importantes.

Sin embargo, en el momento actual de sus trayectorias laborales, las jóvenes que están trabajando o están buscando volver a hacerlo, tienen como motivo más importante el solventar sus gastos propios o personales. De manera muy clara, esta razón sobrepasa a las otras. Es posible que el ciclo de experimentación de las “otras razones” esté, en el momento actual de su trayectoria laboral, ya cerrado (de ahí el desplazamiento drástico de este motivo en sus actuales prioridades) y que en el proceso, las jóvenes ganaran en autovaloración y autoestima y que se planteen, entonces, refrendar esta nueva valoración en dinero.

Al contrario de lo que sucede con los jóvenes varones, quienes priorizan en el momento actual de sus trayectorias laborales el solventar los gastos familiares tanto como los propios (posiblemente porque también la presión familiar al respecto haya crecido), las mujeres que trabajan por cubrir los gastos familiares son ahora menos que las que dijeron hacerlo al inicio de su trayectoria. La poca importancia que actualmente las jóvenes dan a otras razones y a solventar los gastos familiares, estaría revelando el trato diferenciado que cada familia tiene con cada uno de los géneros. Mientras a los hombres se les fomenta, desde el inicio de su trayectoria laboral, el aportar a los gastos familiares, a las mujeres se les permite experimentar y curiosarse en el inicio y, posteriormente, gastarse el dinero en sí mismas, bajo el “entendido” de que ellas no tendrán que mantener a otros.

Nuevamente, observamos aquí las formas cómo los ámbitos institucionales (familia/trabajo) van introyectando en los y las jóvenes los roles de género socialmente aceptados y cómo éstos los interiorizan y reproducen en cada una de las actividades que realizan en el tránsito a la vida adulta.

## **Los mecanismos de obtención del empleo: las transformaciones entre el primero y el último**

En el momento actual de su trayectoria laboral, tanto hombres como mujeres siguen obteniendo el empleo principalmente a través de sus redes sociales. Los contactos adicionales para conseguir el último empleo fueron los medios propios, la BT y, por último, otras bolsas de trabajo. Sin embargo, observamos que si bien las redes todavía son el principal medio de vinculación con la ocupación, ha aumentado el número de jóvenes que ha accedido a empleos mediante las otras vías. Es decir, en este momento, ha disminuido el peso de las redes sociales como vía de obtención de empleo.

Esta disminución es bastante pronunciada en los jóvenes varones, quienes parecen haber elevado considerablemente su capacidad para conseguir empleo a través de sus propios medios, así como a través de la BT. Esto podría estar relacionado con el mayor número de empleos por los que han pasado en el periodo entre el primero y el último. Con todo ello, han adquirido mayor experiencia y su currículum ha crecido, dándoles mayor confiabilidad y acceso directo en las empresas en las que se presentan a pedir trabajo. El ámbito laboral en ese sentido, también es una estructura que posibilita, sobre todo a los jóvenes varones, el establecimiento de relaciones informales tanto con los compañeros de trabajo como con los jefes (situación que las mujeres viven de manera muy limitada, por ejemplo) y, en ese sentido, funciona como red social de acceso a mejores empleos.

Los accesos de las jóvenes a los empleos son bastante distintos. Podemos observar que han mantenido las redes sociales como contacto más importante de acceso al último empleo. Igual han mantenido los vínculos con la BT, pero han aumentado sus posibilidades de conseguir empleo a través de otras bolsas de trabajo y se han reducido los accesos por medios propios.

Sin embargo, aunque las mujeres mantienen la importancia de sus redes sociales como acceso a empleos, el tipo de redes a su disposición no es el mismo. La red familiar aún son muy importante, pero su peso ha decrecido en relación al aumento de la importancia que empiezan a tener otras redes u otros medios para acceder a empleos en la vida de las entrevistadas. Como se ha señalado

párrafos arriba, hay una ligera tendencia en las mujeres a seguir estudiando y calificándose, aun cuando estén trabajando. En efecto, la experiencia obtenida ya en diferentes ámbitos laborales, así como el aumento en su nivel de escolaridad han influido en la configuración de nuevas expectativas laborales. Ellas también manifiestan una mayor tendencia a trabajar en lo que estudiaron o están estudiando. Así, lograr el desarrollo profesional es una expectativa que impulsa las búsquedas de redes que les permitan una inserción diferente en el mercado laboral. La red familiar, en ese sentido, se les hace insuficiente para realizar sus proyectos, no así las relaciones amicales construidas con los pares en los ámbitos escolares y laborales, las cuales han aumentado su presencia como puentes de contacto con otros empleos.

En el momento de la entrevista, muchos más jóvenes —tanto hombres como mujeres— estaban trabajando o habían desempeñado su último empleo en empresas privadas; en segundo lugar, estaban los que trabajaban en las instituciones públicas; en tercero, aquellos que lo hacían en negocios propios y, en cuarto, los que trabajaban en negocios familiares. Es decir, el ámbito de las empresas privadas había abierto más empleos a este tipo de jóvenes, pero el peso de los negocios familiares en cuanto a empleo para ellos había caído de manera considerable, mientras, al parecer, habían aumentado, aunque de manera leve, las posibilidades para algunos de ellos de trabajar en sus propios negocios. Por otro lado, no obstante las instituciones públicas podían considerarse el segundo espacio para su empleo, en términos absolutos, eran menos los y las jóvenes que trabajan en ellas.

También se aprecian cambios en la distribución de los y las jóvenes en los espacios de trabajo por sexo. Así, comparando los lugares en el lapso del primero al último empleo en las jóvenes mujeres, salta a la vista el hecho de que ninguna de ellas estuviera trabajando, ni haya mencionado que su último trabajo fuera en algún negocio familiar, cuando ese espacio había funcionado como una de las fuentes más importantes en su primera inserción a la esfera laboral. Para los jóvenes varones, sin embargo, este espacio aún les funcionaba como fuente de ocupación, aunque con menor peso que al inicio de sus trayectorias.

Otro hecho a destacar es que al momento de la entrevista ya habían mujeres trabajando en sus propios negocios, situación que

sólo se había presentado en un joven varón al inicio de su trayectoria laboral, mientras que en la actualidad dos de ellos estaba en esta situación.

Por otra parte, se observa un considerable cambio en el tipo empleos en los que se desempeñaban ellos y ellas en la actualidad. En general, podemos sostener que ellos y ellas acceden a mejores empleos que al inicio de su trayectoria laboral. Una gran cantidad de los mismos estaba laborando en C2, seguidos por los que se encontraban en G2. Es decir, después de un cierto recorrido y de alguna experiencia, han podido acceder a empleos para los cuales se requiere preparación universitaria, aunque un número casi similar se encuentra aún en G1 y en G2.

Si comparamos los tipos de empleo a los que accedieron al inicio de su trayectoria con los actuales, se observan movimientos muy distintos en hombres y mujeres. En este momento de sus trayectorias laborales, las jóvenes que laboraban en empleos del tipo C2 habían prácticamente doblado su número. También, lo habían duplicado en empleos del tipo G2, mientras mantenían la cifra de su presencia en empleos del tipo C1 y eran mucho menos las que trabajaban en aquellos del tipo G1.

Por su parte, los jóvenes varones también habían elevado su calidad de empleo, aunque de manera más pausada y sin la espectacularidad de las jóvenes. Así, se observa aumentos leves en su presencia de empleos de los tipos G2, C1 y C2. También, de manera similar a las mujeres, destaca una importante disminución en el número de hombres que actualmente trabaja en el G1.

### **ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA PARTICULARIDAD DEL PROCESO DE INSERCIÓN JUVENIL EN EL ÁMBITO LABORAL**

¿Cómo podemos medir el proceso de adaptación de los y las jóvenes al ámbito laboral concreto a través de sus trayectorias laborales? Después de caminar algún trecho en su inserción al mercado laboral, ¿cómo valorizan las experiencias que han tenido? ¿Cómo concilian sus expectativas en cuanto al trabajo con sus trayectorias escolares y laborales concretas?

Una primera entrada a estas interrogantes la realizamos a través del número de empleos en los que se han desempeñado los jóvenes hasta el momento de la entrevista. En términos generales, son tres o cuatro las experiencias laborales más recurrentes entre los entrevistados sin una relación específica con sus rangos de edad ni con su sexo. Así como existen casos de hombres con 28 años de edad con dos experiencias de trabajo, también tenemos casos de la misma edad con cuatro experiencias o jóvenes con 18 y 19 años de edad que han laborado ya en cuatro oportunidades. Con las jóvenes sucede algo similar. Todo ello indica que no existe una relación directa entre la edad cronológica y el número de trabajos, sino que ello dependería de otros indicadores como “la edad laboral” (la edad en la que realmente se inicia la trayectoria laboral), la duración en los empleos, así como de las necesidades que cada entrevistado/a tiene de trabajar y de lo que para cada quien le signifique el empleo. Estas relaciones aún necesitarían análisis más minuciosos.

Por ahora, lo que resalta es la mediana de hombres y mujeres en cuatro experiencias laborales, aunque el movimiento hacia ella sea diverso entre ambos sexos. Así pues, ninguno de los entrevistados varones tenía sólo una experiencia de trabajo. Si tuviéramos que recurrir a una gráfica, podríamos observar que la curva empieza en el segundo trabajo y alcanza el pico más alto entre el tercero y el cuarto empleo, para luego caer ligeramente, señalando a aquellos que pasado por más de cinco empleos.

Entre las jóvenes mujeres, la gráfica empezaba con un empleo, se mantiene en la misma proporción con aquellas que han pasado por dos trabajos, remonta al doble con las de tres empleos, asciende de manera espectacular con las jóvenes con cuatro empleos, para caer estrepitosamente al mismo nivel de inicio, con aquellas con cinco empleos y más.

A pesar de las diferencias entre los movimientos entre hombres y mujeres, podemos sugerir que tanto en uno como en otro sexo existe una etapa exploratoria en el empleo, la cual parece alcanzar su pico más alto alrededor del cuarto trabajo, que luego tiende a estabilizarse por la misma experiencia, sea adecuándose a la oferta existente o alargando el periodo de su búsqueda.

Otro indicador del acoplamiento de los y las jóvenes a la oferta laboral conforme transcurren por diferentes experiencias es el

de la duración en su primer y último empleo. En su primer trabajo, tanto ellas como ellos duran principalmente entre uno y seis meses, seguidos por los se mantienen entre siete meses y un año. Sin embargo, destacan en tercer lugar aquellos y aquellas que se quedan más de dos años. Por otro lado, el número de los/as que duran menos de un mes es bastante bajo y mucho más bajo aún quienes permanecen más de un año. La distribución de las cifras de permanencia en el primer empleo nos revelan un grado bastante alto de acoplamiento en esta fuerza laboral primeriza.

No obstante, en su primer trabajo, hombres y mujeres presentan comportamientos distintos. Una mayor cantidad de las jóvenes tiende a durar entre uno a seis meses y entre siete meses y un año, seguidas por un número nada desdeñable que se concentra en el rango de duración en el empleo por más de dos años. Mientras, los varones se concentran mayoritariamente en el rango de duración de uno a seis meses, y escasean los que se encuentran en los otros rangos.

En cuanto a la duración de nuestros entrevistados en su último trabajo, en términos generales observamos que existe una muy alta concentración de jóvenes en los rangos de uno a seis meses y en el de siete meses a un año. En general, ambos sexos, después de recorrer algunos empleos tienden a durar más tiempo en ellos. No obstante, una gran proporción de las mujeres tienden a concentrarse en el rango de siete meses a un año, mientras los varones jóvenes en lo hacen en el rango de uno a seis meses, aunque en una proporción menor que las jóvenes. También se encontraron dos grupos de entrevistadas quienes, en su último empleo, unas duraron menos de un mes y otras más de dos años, situación que hallamos —aunque en bajas proporciones— entre los varones jóvenes. Esto nos estaría indicando, por lo menos aparentemente, que ellas asumen más rápido el “acoplamiento” al lugar de trabajo, aunque éste sea fugaz, mientras en los jóvenes se observa un paso algo lento en su consecución, pero, al parecer, más duradero. Es decir, las mujeres tenderían a adaptarse con mayor facilidad a los empleos ofrecidos, mientras, los hombres tenderían a acoplarse mejor al ámbito laboral como un todo.

Esta última afirmación parece confirmarse entre los entrevistados en cuanto a la valoración de lo que el empleo les ofrece para su propio desarrollo personal. Dividimos las valoraciones de nues-

tros entrevistados al trabajo en *integrada*, *intermedia* y *crítica*. Con respecto al primer empleo, la mayor cantidad de los y las entrevistadas dieron una valoración integrada al trabajo, la mitad de esa proporción una valoración intermedia y otra proporción similar una crítica. Cabe señalar, sin embargo, que una proporción menor de mujeres valoraron de manera crítica su primer trabajo y que —en comparación con los varones— una alta cantidad de las mismas no hizo comentario alguno al respecto. Por su parte, los hombres que valoraron de manera intermedia su trabajo fueron mucho menos que aquellos que lo valoraron de forma crítica.

Para el último empleo, muchos más hombres que mujeres dieron una valoración integrada al trabajo. Es más, las jóvenes mujeres dividen su valoración entre “integrada” e “intermedia”, sin que encontremos ninguna valoración crítica al respecto. Si bien hay muchos más hombres jóvenes integrados al trabajo, también es cierto que existe un buen número que sólo lo valora de manera intermedia y, en esta oportunidad, muchos menos varones valoraron su trabajo de manera crítica.

El sentirse de alguna manera integrado al trabajo (o fuera de él) está relacionado no sólo con el mundo laboral en sí mismo y las satisfacciones, desencantos y/o frustraciones personales que este ámbito puede brindar a los jóvenes, sino también con el tipo de relaciones sociales que se construyen y desarrollan en él. Las relaciones son muy importantes en la valoración y la permanencia en el empleo. Según lo manifiestan los y las jóvenes, incluyen las interacciones formales e informales con jefes y compañeros de trabajo. Ellas son los agentes principales del proceso de socialización laboral que experimentan los jóvenes en los inicios de sus trayectorias. En muchos casos, los y las jóvenes confunden la valoración al empleo con la valoración de las relaciones sociales establecidas en su interior. De ahí que debamos detenernos en estas valoraciones.

Con respecto de la valoración de sus relaciones en el trabajo, hombres y mujeres respondieron de manera similar a como lo habían hecho con relación a la valoración de su inserción al trabajo. En el primer empleo, en su mayoría tanto hombres y mujeres manifestaron haberse sentido integrados. Menos jóvenes mujeres valoraron las relaciones de integración intermedia que los jóvenes y no expresaron casi ningún rechazo o crítica. Los jóvenes, por su

parte, señalaron más relaciones de rechazo o críticas que intermedias. Cabe observar que, al igual que el rubro valoración del trabajo, las jóvenes prefirieron no emitir valoración alguna respecto a las relaciones que se producen en el lugar de trabajo que hacerlo de manera crítica, mientras los varones actuaron al revés, al ser mucho más críticos.

En el último trabajo encontramos en ambos sexos muy altos niveles de integración con las relaciones al interior del centro laboral. En segunda instancia, los hombres dividen sus valoraciones entre intermedias y críticas (o de rechazo), en tanto las jóvenes las concentran sólo en las intermedias.

Una profundización sobre las relaciones en este ámbito nos estarían esclareciendo algunos detalles sobre las formas de interacción socialmente aceptadas en cada uno de los géneros. Mientras las mujeres tienen limitaciones en el establecimiento de relaciones informales con los jefes y otras jerarquías, poseen, en cambio, una mayor facilidad para hacerse de relaciones informales entre sus compañeros y compañeras de trabajo. Son estas relaciones las que mayormente las vinculan con mejores aprendizajes y puestos o empleos.

Por otro lado, un importante número de jóvenes varones establecen relaciones informales con los jefes. Revelaron que podían contar con el apoyo, el reconocimiento, la amistad e incluso conseguir empleo a través de estas relaciones. Los hombres parecen poner más énfasis en las relaciones con los jefes, con actitudes a veces más contradictorias, son más críticos pero también más sociables. Esta sociabilidad está relacionada con su condición masculina en términos de las facilidades para establecerlas, como por el mayor tiempo con que cuentan después del trabajo para las relaciones extralaborales, en tanto que en las mujeres no les está permitido o ello no es bien visto. Las relaciones de las jóvenes con sus jefes y jefas tienden a limitarse al ámbito laboral, sin que ello implique limitarse a las relaciones más formales. Es frecuente que a ellas, sus jefes y jefas les enseñen o transmitan información que posteriormente puedan servirles para un mejor empleo o que las vinculen con otros puestos.

La vinculación del empleo con los estudios es otro indicador que debemos explorar para entender la alta integración de los y las jóvenes al trabajo, así como la presencia o ausencia de valoracio-

nes más medidas y/o críticas con respecto al ámbito laboral en cada uno de los sexos. Encontramos que, en su último empleo, más mujeres ocupan en puestos una vinculación mayor o completa con sus estudios, mientras entre los jóvenes hombres sucede lo contrario. Una mayor número de varones laboran en empleos sin vinculación alguna con sus estudios. El otro grupo que les sigue a éstos en cada sexo es, por el lado de las mujeres, aquel conformado por las que realizan trabajos sin vinculación con su formación, y, por el lado de los hombres, aquel conformado por los que tienen una vinculación completa o mayor con lo que estudiaron. En ambos sexos, también, los grupos con vinculación intermedia entre el empleo y los estudios son pequeños.

En general, lo que se observa en cuanto a la vinculación de los y las jóvenes con el empleo es que hay una ligera tendencia a que más mujeres trabajen en empleos mejor vinculados con sus estudios. Esto podría estar relacionado con la ventaja ganada por ellas al inicio de sus trayectorias laborales, ya que un mayor número de ellas ingresó al ámbito laboral en empleos que requerían de estudios superiores. Además, recordemos que ellas empezaron a trabajar algunos años después que sus similares varones, aparte de que hay más mujeres que hombres estudiando o compartiendo el trabajo con el estudio.

Por otro lado, el alto número de varones que labora en empleos que no se vinculan con su formación es una fuente permanente de deserción escolar, situación a la que ellos tienden; pero también es una fuente de crítica frente a las valoraciones que realizan respecto al desarrollo personal en su trabajo, a las relaciones que establecen y a otros temas que se verán a continuación.

¿Por qué razones rechazan las empresas e instituciones a los y las jóvenes que buscan empleo? Un tercio de la población entrevistada no ha sido rechazada en sus experiencias de obtención de empleo, algo menos de la mitad ha sido rechazada en primer lugar por *falta de experiencia*, en segundo, por *escolaridad insuficiente* y, en muy pocos casos, por la escasa edad.

Paradójicamente, la primera causa de rechazo del empleador hacia las mujeres jóvenes es por una *insuficiente escolaridad*, siendo la segunda la *falta de experiencia laboral*. Entre las entrevistadas, existe un número muy importante de jóvenes que no han sido rechazadas y que duplica el número de los varones en la misma

situación. En estos últimos, la relación se invierte, pues la primera causa de rechazo hacia ellos es su *falta de experiencia* y la segunda *la falta de escolaridad*.

Por su parte, los y las jóvenes también rechazan en ocasiones acceder a determinados tipos de empleos ¿Cuáles son las razones que esgrimen para rechazar los empleos ofrecidos? En primer lugar, por *la categoría o nivel que les ofrecen*, seguido por *el horario* y después por un *salario insuficiente*, aunque en esta respuesta se encuentren muy pocos de los/as entrevistados. Una cuarta parte de las entrevistadas, sin embargo, no ha rechazado jamás un empleo, en tanto que este grupo es muy pequeño entre los varones jóvenes.

Otra ventana importante para medir la adecuación al trabajo real por parte de los y las jóvenes es el rastreo de sus expectativas y valoraciones en cuanto al *trabajo ideal*. ¿Qué requisitos son necesarios, según los y las jóvenes entrevistados para obtener el trabajo ideal que desean?

De manera abrumadora, ambos sexos priorizaron el *aspecto académico* (conjunto de conocimientos adquiridos de manera formal y otras capacitaciones y especializaciones) como el más importante para obtener el empleo ideal. La segunda expectativa es *la experiencia* —tan exigida por las empresas e instituciones—, seguida por el deseo de *tener una red social* y, finalmente, se encuentran las expectativas sobre los *aspectos estructurales*.

La valoración de la educación como medio de obtención de un mejor empleo sigue vigente en este sector de jóvenes urbanos con estudios medios y superiores. También, si correlacionamos las causas de rechazo de los empleadores hacia los y las jóvenes y los requisitos que estos últimos señalan para obtener el empleo ideal, puede observarse que hay una mayor adecuación entre las expectativas de uno y otro agente involucrado en el proceso de trabajo. Sin embargo, al considerar los tipos de empleos en los que se desenvuelven actualmente los y las jóvenes que iniciaron hace algún tiempo su trayectoria laboral y tienen estudios medio superiores —menos de la mitad de ellos y ellas en empleos C1 y C2 y la misma proporción en empleos G1 y G2—, encontramos un desfase entre las expectativas de los y las jóvenes y las ofertas reales, concretas, que el mercado laboral tiene.

Por otro lado y manteniéndonos en el plano de las expectativas de los y las jóvenes, ¿cuál es el sector laboral donde desearían trabajar? En términos generales, la gran mayoría expresa, en primer lugar, tener un negocio propio; en segundo, trabajar en empresas privadas y al último, de manera muy distante de las dos primeras aspiraciones, trabajar en el sector estatal o en negocios familiares.

Cabe señalar que las jóvenes mujeres priorizan el ámbito de la iniciativa privada como el primero, seguido de tener un negocio propio, y muy al final, emplearse en el sector estatal. Ninguna de ellas aspira a trabajar en un negocio familiar. Por su parte, una amplia cantidad de jóvenes varones poseen como primera aspiración, tener un negocio propio, seguido por el deseo de insertarse en la empresa privada. En menor proporción otros aspiran a trabajar en el negocio familiar y muy pocos en el sector público. Estas expectativas o aspiraciones parecieran repetir las mismas tendencias observadas cuando analizamos los espacios/sectores donde se encontraban trabajando en la actualidad. Consideramos que por el momento no podemos explicar el silencio que las jóvenes manifiestan cuando se toca el sector de los negocios familiares, espacio donde algunas de ellas iniciaron su trayectoria.

El último tema por abordar es el de cómo los y las jóvenes que fueron entrevistados conciben el trabajo. Para la gran mayoría de hombres y mujeres jóvenes de este estudio, el trabajo es un espacio de desarrollo integral, esto es, una actividad en la que pueden vincular sus estudios, las retribuciones socioeconómicas de su esfuerzo y la satisfacción personal. Para una minoría, éste es sólo un vehículo para ganar dinero o un medio para sobrevivir.

Como se observa, las concepciones de estos jóvenes de ambos sexos remiten fundamentalmente a la concepción original del trabajo como eje central en la vida de los seres humanos. Para los jóvenes de este estudio, el trabajo es un espacio de autoidentificación positiva y negativa, además de una zona de exploración de sus propias identidades como sujetos. En suma, como sostuvimos al inicio de este texto, el trabajo aún es actualmente, por lo menos para los jóvenes entrevistados, un lugar definitivo en su proceso de constitución como sujetos, esto es, su proceso de incorporación a la vida adulta.

## NOTAS

---

<sup>c)</sup> La presente investigación ha sido realizada por un equipo formado por Mónica Valdez González en la coordinación operativa; Héctor Zetina, Mayeli Morales y Carlos Velásquez en el trabajo de campo, sistematización y análisis de la información auxiliados por Marco Antonio Mena, Joel Chávez, Carlos Zamudio y Jesús Rodríguez en la realización de entrevistas y sistematización de los datos. El proyecto fue cofinanciado por la *Fundación Ford-México* y el Instituto Mexicano de la Juventud.

1. Raúl Olmedo, "Juventud y política", *Revista de Estudios sobre la Juventud (In Telpochtli, In Ichpuchtli)*, CREA, año 2, N° 3, junio 1982, p. 3.
2. Alain Touraine, "Frente a la exclusión", *Sociológica*, año 7, no. 18. México, enero-abril 1992, pp. 201-207.
3. J. A. Pérez Islas, R. Brito y L. M. Guillén, "Conversación con Carlos Monsiváis", *Revista de Estudios sobre la Juventud (In Telpochtli, In Ichpuchtli)*, N° 5, enero-marzo 1985, p. 104.
4. Emilio Duhau, "Estado benefactor, política social y pobreza", *Sociológica*. Año 10, N° 29, UAM-Azcapotzalco, México, septiembre-diciembre 1995, pp. 65-76.
5. Carlos M. Vilas, "De ambulancias, bomberos y policías: la política social del neoliberalismo (notas para una perspectiva macro)" en *Las políticas sociales de México en los años noventa*. Instituto Mora/UNAM/FLACSO/Plaza y Valdés, México 1996, p. 113.
6. Gert Rosenthal, "Pensamiento y políticas sobre el desarrollo de América Latina y el Caribe: pasado y futuro" en L. Emmerij y J. Núñez (comps.), *El desarrollo económico y social en los umbrales del Siglo XXI*, BID, Washington, 1998, pp. 209-229.
7. Víctor E. Tokman, "Jóvenes y ciudadanía en los modelos de sociedad emergentes en América Latina" en *Juventud, educación y empleo*, MTAS/INJUVE-OIT/CINTERFOR-OIJ, Montevideo, 1998, p. 81.
8. Tokman. "Empleo y solidaridad: los desafíos que enfrenta América Latina después del ajuste" en Emmerij y Núñez (comps.), *op. cit.*, pp. 498-522.
9. Cecilia Braslavsky. "Situación y acción de los jóvenes desocupados en América Latina" en *Empleo y capacitación de jóvenes en América Latina: situación, perspectivas y políticas alternativas*, CINTERFOR/OIT, Montevideo, 1988, p. 92.
10. Víctor E. Tokman, "Jóvenes y ciudadanía..." *op. cit.*, p. 86.

11. Según un informe de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) en 1999 el problema del desempleo y subempleo juvenil es ya una situación estructural que en algunos casos llega hasta quintuplicar estas tasas con respecto a la población adulta; en Panamá, Uruguay y Venezuela llegan a ubicarse en 29.5%. ONU-CEPAL, *Juventud, población y desarrollo en América Latina y el Caribe*, LC/L 1339. Vigésimoctavo periodo de sesiones, México, D.F., 3 al 7 de abril de 2000, p. 83.
12. La misma CEPAL, en 1997, al analizar los niveles de pobreza de la región, diferenciando tipos de constitución familiar y etapa del ciclo vital en que éstas se encuentran, plantea que la pobreza en hogares con hijos menores de 12 y entre 13 y 18 años es mayor que en los hogares unipersonales. En Brasil, absorbe al 49% para el primer caso, mientras que sólo representa el 4.9% para el segundo. En México, la relación es de 37.7% y 2.8% respectivamente, y en Colombia es de 51% contra 6.6%; ONU-CEPAL, *op. cit.* p. 16.
13. Luis E. Alonso, *Trabajo y ciudadanía. Estudios sobre la crisis de la sociedad salarial*, Trotta-Fundación 1º de mayo, Madrid 1999, pp. 213-231. Este autor analiza cómo la *sociedad fordista* convirtió a la ciudadanía en un normalizador socioeconómico que generaba una cultura del trabajo y un modo de vida laboral articulador del estatuto de nacionalidad a la recepción de bienes y servicios públicos, y, a la vez, producía valores normalizantes que logran que todas las diferencias fuesen vistas como elementos secundarios de un problema central: la reproducción integrada y ordenada del trabajo; *ibidem*, pp. 217-218.
14. Anthony Guiddens, *Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales*, Cátedra, Col. Teorema, Madrid, 1998, pp. 98, 144-149.
15. CIEJ, *Documento marco de la Encuesta Nacional de Juventud*. CIEJ-Causa Joven, México, 1998 (inédito).
16. *Ibidem*, p. 7.
17. José Luis de Zárraga, *Informe juventud en España. La inserción de los jóvenes en la sociedad*, Ministerio de Juventud-INJUVE, Madrid, 1985, p. 25.
18. Zygmunt Bauman, *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Gedisa, Barcelona, 1999, pp. 43-70.
19. *Ibidem*, pp. 58-60.
20. Braslavsky, *op. cit.*, p. 99, autora a la que hemos seguido muy de cerca en sus planteamientos sobre los jóvenes desocupados.
21. Así la OIT definía el desempleo en su resolución de la VIII Conferencia Internacional de Estadísticas del Trabajo, 1984.

22. Sophie Bowlby, Sally Lloyd y Robina Mamad, "El lugar del trabajo", *Jóvenes. Revista de Estudios sobre Juventud*, Nueva época, año 4, N° 12. México, julio-septiembre 2000, en prensa.
23. *Ibidem*.
24. Teresa Rendón y Carlos Salas, "Educación y empleo juvenil" en Pérez Islas (coord.), *Jóvenes: la evaluación del conocimiento. La investigación sobre juventud en México 1986-1999*, IMJ-CIEJ, Col. Jóvenes N° 5, México, 2000, tomo I, pp. 13-58.
25. CONAPO, *Situación actual de las y los jóvenes en México. Diagnóstico sociodemográfico*, Serie Documentos técnicos, México, noviembre 2000, p. 27.
26. *Ibidem*, pp. 27-28.
27. Se optó por tomar la información de este año de la *Encuesta Nacional de Empleo* por estar más cerca del periodo analizado en los registros de la bolsa de trabajo del IMJ.
28. A pesar que la edad no es definidora por sí sola de "lo juvenil", es importante anotar la necesidad de ir estandarizando el grupo etáreo que se considera incluye a los jóvenes, dado ni en esto se ha podido establecer criterios acordados por consenso que permitan hacer comparables las estadísticas y los estudios que se basan en ellas. Aquí se asume los rangos de edad que el IMJ ha establecido para este sector; para ver el planteamiento que institucionalmente se hace con respecto a esta discusión puede consultarse IMJ, *Jóvenes e instituciones en México 1994-2000. Actores, políticas y programas*, México, 2000.
29. Larissa Lomnitz, *Redes sociales, cultura y poder: Ensayos de antropología latinoamericana*, Porrúa, México 1994, p. 225.
30. Francisco Miranda y Francisco Javier Paredes, "Transición, educación-mercado de trabajo en los jóvenes: propuesta de aproximación conceptual" en CIEJ, *Encuesta Nacional de Juventud, documentos base*, Causa Joven, México, 1998, inédito.
31. Respetando estos parámetros, pero presionados por el tiempo de investigación, que se alargó al dificultarse el contacto con los jóvenes que asistieron a la BT, se resolvió aplicar entrevistas a cuarenta jóvenes. Después de recabadas, se desecharon algunas por información insuficiente y la muestra se redujo a 37 entrevistados y entrevistadas.
32. Siguiendo estos mismos pasos y con el fin de detectar y explorar la oferta de empleo de la que dispone la BT, así como valorar los servicios de esta última desde otros puntos de vista, nos acercamos a las empresas que estaban en convenio con ella a través de los registros empresariales del año 1999; realizamos una selección de las que serían exploradas a mayor profundidad a través de grupos de enfoque; diseñamos un guión que incluía además de sus

opiniones sobre la BT del IMJ, valoraciones sobre su actitud hacia la juventud. En este texto no se revelan aún los resultados de este proceso.

33. La familia *nuclear* es aquella compuesta por padres e hijos únicamente. La familia *extensa* es aquella compuesta por padres, hijos y uno o más parientes. La familia *monoparental* es la compuesta por uno de los padres y los hijos.
34. Carles Feixa, *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*, CIEJ-Causa Joven, Colección *Jóvenes* N° 4, México, 1998.
35. *Medios propios* significa que los empleos se obtuvieron consultando diversos medios impresos, llevando sus *curricula* a diferentes empresas, entre otras acciones.
36. Manuel Castells y Gösta Esping-Andersen, *La transformación del trabajo*, La factoría cultural, Barcelona, 1999.